

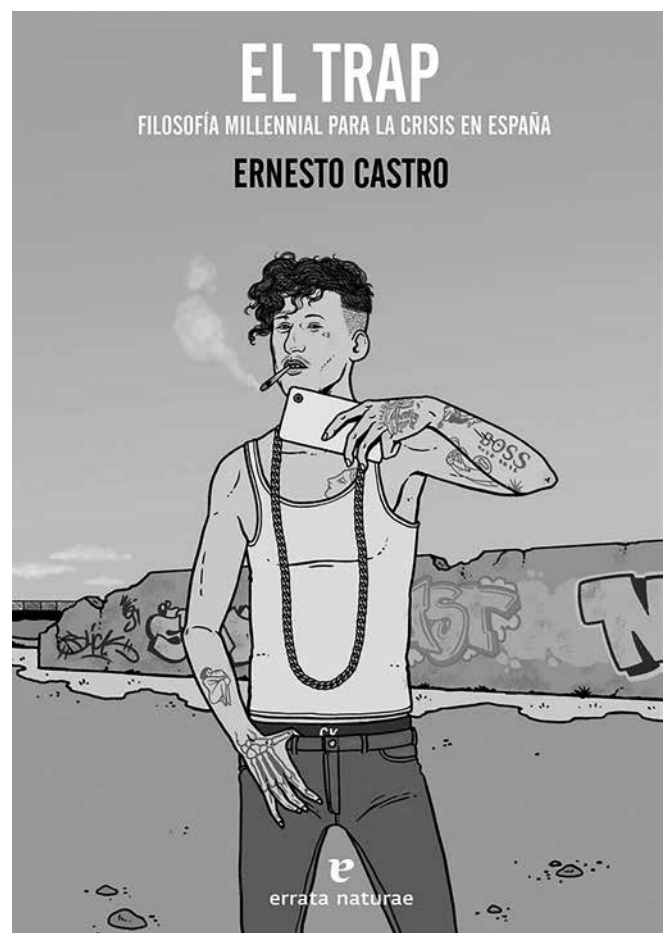
La filosofía de la MÚSICA TRAP

Enrique Bueres

El joven filósofo Ernesto Castro actúa como un disolvente entre la alta y la baja cultura al diseccionar en el exhaustivo ensayo *El trap, filosofía millennial para la crisis en España* la música que han popularizado artistas como C. Tangana, Yung Beef, Bad Gyal, Pimp Flaco, Kinder Malo, Don Patricio o Cecilio G. El profesor de la Universidad Complutense de Madrid firma la primera interpretación sistemática del pensamiento de los nuevos artistas urbanos en un libro didáctico y polémico, intelectualmente excitante y absolutamente moderno editado por Errata Naturae. La tesis principal que el provocador y heterodoxo autor vegano sostiene es que el trap representa «la metamúsica millennial de la crisis, la música que la juventud en paro hace mientras otros están trabajando».

La fascinación que han experimentado los intelectuales por la música más cercana a las clases populares —surgidas muchas de ellas en un contexto *underground*— ha sido una constante a lo largo del tiempo. Varios miembros de la Generación del 27 se interesaron por el flamenco (como bien ha documentado Manuel Bernal Romero en su reciente libro *El flamenco y la generación del 27*, publicado por Renacimiento). Previamente, otros creadores de la Generación del 98, como Manuel y Antonio Machado, también habían proyectado su mirada poética sobre la música y las gentes del flamenco. En los años 80, cineastas intelectuales como Carlos Saura se sintieron atraídos por los grupos del Sonido Caño Roto (Los Chichos, Los Chunguitos, Los Chorbos, Las Grecas, El Jero...), que monopolizaron la banda sonora del «cine quinquí», un género que vivió su época de esplendor entre 1978 y 1985.

Uno de los últimos ejemplos de esta corriente histórica que lleva a nuestros intelectuales a someter a un proceso de estetización un género musical nacido como expresión de las inquietudes de grupos de población minoritarios —cuando no marginales— es el de Ernesto Castro, autor de *Contra la postmodernidad* (Alpha Decay) y *Un palo al agua: ensayos de estética* (Micromegas). Este doctor en Filosofía y profesor de la Universidad





Ernesto Castro.

Complutense de Madrid ha puesto bajo el microscopio de su sabiduría analítica un cultivo bacteriano de *beats* y voces tamizadas por el Auto-Tune para descifrar el genoma de un género musical aparentemente tan antifilosófico como a primera vista parece ser el trap. Castro (Madrid, 28 años) ha escrito su personal *Traptatus Logico-Philosophicus* y, cual moderno Wittgenstein, ha elevado a categoría estética —e incluso mística— los sonidos que han sido la banda sonora de la crisis económica, cultural y generacional española.

Los límites del trap son tan difusos como las líneas rojas de los pactos políticos. La plasticidad y la mutabilidad de la escena urbana española no conoce fronteras, y en su mundo las etiquetas resultan bastante resbaladizas. Según la terminología que defiende Castro, el trap ha sido la metamúsica de la crisis de los años que vinieron a partir de 2010. En nuestro país, «un montón de estilos y géneros de la música urbana han quedado cobijados bajo la etiqueta del trap». Mientras en Estados Unidos el trap es reconocido como un subgénero del rap, en España se considera un género aparte. Generalmente, desde los medios de comunicación se ha utilizado el término trap para referirse a cualquier «artista urbano joven que haya hecho alguna canción

con Auto-Tune». Fue la impagable y discreta Cher, con su atronadora canción *Believe* (1998), la pionera en el uso de este afinador de voz que permite que los cantantes suenen como si fuesen robots. De hecho, con el empleo de este sencillo programa de ordenador, hasta un afónico puede llegar a las notas más altas de Beyoncé o Zendaya. El trap ha sido usado incorrectamente cuando bajo su paraguas se ha incluido a artistas de géneros musicales tan distintos como el *dancehall* (Bad Gyal), el reguetón (Ms. Nina) o incluso el flamenco (Rosalía). ¿Pero quién le pone puertas al campo? Castro habla del «síndrome del trapero de Schrödinger», a causa del cual no se sabe «si un artista urbano está haciendo trap o no».

El filósofo madrileño, que como Nietzsche es un poco «pura dinamita» y se ha convertido en todo un referente *millennial* apoyándose en su canal de YouTube, defiende que el gran divulgador de la música trap española ha sido el cómico Antonio Castelo gracias a su sección de entrevistas a «traperos» en el programa de radio *Vodafone Yu*. Si Castelo es el Jesús Ordovás de nuestro tiempo, cabe preguntarse cuál es el equivalente actual de *La edad de oro*, el programa de televisión que presentó Paloma Chamorro durante los años más brillantes de la Movida. «A mi

juicio», escribe Castro, «el candidato más sólido a ese título es *La Resistencia*, porque del mismo modo que el espacio de Chamorro subvirtió los cánones audiovisuales de su época, David Broncano hace lo propio con sus posentrevistas llenas de tiempos perdidos y de silencios incómodos».

El principal mesías del nihilismo traperero probablemente sería Yung Beef, artista apocalíptico (en terminología de Umberto Eco) que ha sido modelo de Calvin Klein y ha desfilado en la semana de la moda de París. Por su parte, C. Tangana sería el máximo representante de los integrados, a pesar de haberse marchado de *Operación Triunfo* sin despedirse de los concursantes ni del bueno de Roberto Leal, o precisamente gracias a ello. «Lo *cool* sigue vendiendo y la subversión sociocultural sigue siendo un espectáculo económicamente muy rentable», apunta Castro. El trap ha puesto de moda los tatuajes en la cara, dinamitando de este modo la pureza y virginidad del «espejo del alma». El trap rompe con la concepción tradicional de la subjetividad porque, según aclara Castro, «para los traperos, la cara es un espacio de creatividad y performatividad como cualquier otro».

C. Tangana, el artista previamente conocido como «Crema», y desde 2018 como El Madrileño, perpetró su primer disco con solo quince años. Formó parte del colectivo AGZ (abreviatura de Agorazein). Su «transustanciación» nominal se produjo en 2011, con el álbum *Agorazein presenta a C. Tangana*. Pero no fue hasta mediados de 2016, al comienzo de su relación sentimental con la entonces emergente cantante de *flamencamp* Rosalía, cuando C. Tangana se convirtió en fenómeno *maistream*, proceso que llegó a uno de sus puntos de máxima exposición a mediados de 2017 al publicar su *hit* entre *hits*, «Mala mujer», un temazo que consiguió el doble Disco de Platino y obtuvo el título de «canción del verano». La bendición definitiva *urbi et orbi* de C. Tangana (por cierto, licenciado en Filosofía), la alcanzó el domingo 9 de junio de 2019 al ocupar en solitario la portada de *El País Semanal*.

El trap tiene subgéneros, por ejemplo, el trap emo, el vaportrap, el trap&B y el postrap, «que aparece cuando el trap ya no es algo nuevo, sino más bien banal». ¿Cuáles son las diferencias entre el trap y el gangsta rap. A juicio de Ernesto Castro, la respuesta no puede ser más sencilla: el gangsta rap suele hablar del mundo del trapicheo desde el punto de vista del vendedor, mientras que el trap suele hacerlo desde el punto de vista del consumidor. Sevi-

lla, dada su proximidad a una base aérea estadounidense, fue una de las cunas del rap en España, junto con Madrid y Zaragoza. ¿Pero quiénes han sido los pioneros del trap en España? En opinión de Ernesto Castro, los catalanes de P.A.W.N. Gang (Pretty Ass White Niggas Gang) son los mejores candidatos a ese puesto. Aunque los KEFTV VXYZ (Kefta Boys), provenientes en su mayoría de Andalucía, les disputan el puesto. A esa *crew* pertenecía Yung Beef.

Otra de las características distintivas del trap es la proliferación de lenguajes privados a cada cual más engorroso y embrollado. Por cierto, buena parte de los jóvenes veinteañeros se familiarizaron con el uso de la «x» y de la «e» que caracteriza al lenguaje inclusivo del feminismo gracias a los nombres abracadabrantes del trap (KEFTV VXYZ, PXXR GVNG, etc). «Resulta paradójico que haya sido justamente un género musical que para sus detractores es la quintaesencia del machismo el que haya familiarizado a toda una generación con un lenguaje que busca ser respetuoso con el colectivo LGTBI», destaca Ernesto Castro.

¿Y las mujeres qué pintan en el trap? Si seguimos la acepción que defiende nuestro filósofo de cabecera, las artistas urbanas españolas no se cuentan por pares, sino por docenas: Bad Gyal, La Zowi (por cierto, madre del hijo que Yung Beef tuvo en 2016), Ms Nina, Somadamantina, Chanel, Bea Pelea, La Favi, Blondie, Rakky Ripper, Nathy Peluso, Aleesha, D'Valentina, Albany...

El libro de Castro, en el que conviven pacíficamente las citas a pie de página que remiten a pensadores como Gramsci, Adorno, César Rendueles, Foucault o Susan Sontag con las de David Broncano o YouTube, postula que quizá el trap se sustenta en una mezcla de falsedad, artificio y apariencia, lo cual no lo invalida para formar parte de una categoría real y auténtica. «Todo lo que es, es real; y todo lo que es real, es también racional; incluido el trap: este es el silogismo ontológico sobre el que se sostiene el libro y en cuyo apoyo invoco dos mil quinientos años de filosofía, desde Parménides hasta el realismo poscontinental, pasando por Hegel».

Pero obviando estas excitantes disquisiciones filosóficas, ¿cuál es para Castro el balance final del viaje del trap español? «Por decirlo en una frase: del mismo modo que Podemos quiso ser el nuevo PSOE y se quedó en la nueva Izquierda Unida, el trap español aspiró a ser el nuevo pop y se convirtió en el nuevo *indie*».

Quizá para ese viaje no hacían falta alforjas. Pero ya se sabe: a burro viejo, aparejo nuevo. ■ ■